

cloaca Máxima para que allí se pudra y sea pasto de los animales inmundos.

Cumplióse esta orden: pero las *Actas de los Mártires* nos refieren que aquella misma noche se apareció el Santo á la piadosa matrona Lucina y le reveló dónde encontraría sus restos sagrados; los cuales, encontrados efectivamente, fueron enterrados con honor en el lugar donde ahora se ostenta la basílica de su advocación.

XXVI

Primera parte del día crítico

En la vida de un hombre, lo mismo que en la de la humanidad, se encuentran días críticos. Y no hablamos únicamente de aquellos en que como los de Maratón, Cannas ó Lepanto un resultado diverso hubiera podido cambiar por completo los destinos sociales y políticos de la humanidad; es muy probable que Cristóbal Colón reflexionase, no solo sobre el día, sino también sobre la hora precisa en que tomó la resolución que aseguró al mundo los beneficios de su descubrimiento y á sí propio la gloria de ser uno de los primeros entre los hombres más ilustres. Además, cada uno de nosotros, por pequeño é insignificante que sea, ha tenido su día crítico, el que decidió de su suerte por el resto de su vida; su día providencial, que trocó su posición y relaciones con sus semejantes: día de gracia en que el espíritu triunfó de la materia. De cualquier manera que sea, toda alma ha tenido su día, como Jerusalén (1).

También Fabiola debía tener el suyo. ¿Por ventura no concurría todo á obrar en ella una crisis saludable? Emperador y esclava, padre y comensales, buenos y malos, cristianos é idólatras, ricos y pobres, la vida y la muerte, el placer y la amargura, la erudición y la sencillez, el silencio y la conversación, eran para ella otros tantos activos agentes que luchaban en sentido diverso con su ánimo, pero impeliendo su alma noble y magnánima, aunque impetuosa y altanera, por la única senda que conduce á

(1) «Oh! si conocieses tú, siquiera en este tu día, lo que importa á tu bien...» (*Luc. XIX, 42*).

salvo; á la manera que el viento y el timón luchan entre sí tan solo para encaminar la nave por acertado rumbo. ¿Cuál será la influencia, cuál el impulso que determine el resultado final de estas encontradas fuerzas? Problema es ese que el hombre no puede prever y que pertenece exclusivamente al dominio de la Inteligencia suprema, siendo la filosofía impotente para resolverlo.

Los sucesos que acabamos de referir acaecieron el 20 de Enero: vea el lector en el calendario los que sobrevinieron al día siguiente, y convendrá con nosotros en que debe ser tal día muy importante en esta narración.

Al salir de la audiencia imperial Fabiola pasó á las habitaciones de Irene, en donde sólo encontró desolación y lágrimas. El dolor que se manifestaba en torno de ella encontraba ciertamente un eco en su corazón; empero observó que aquella aflicción era de naturaleza muy diversa de la suya. A través de las lágrimas de la familia de Irene veíase surgir una esperanza, y su pena dejaba transparentar una especie de gozo parecido á un triunfo: las nubes que ofuscaban sus pensamientos eran de vez en cuando heridas por la radiante luz del sol. Mas el dolor que sentía Fabiola era inconsolable y enervante, parecido á una noche lúgubre y desoladora como de quien hubiese sufrido una pérdida irreparable matando en su corazón toda esperanza. Ya algún tenue y lejano rayo de esta luz había alumbrado su mente: en su alma se iban desvaneciendo poco á poco las tinieblas del error para dejar libre el campo á aquella verdadera luz por la que suspiraban ahora más que nunca sus vagos deseos. El maestro por quien solamente deseaba ser instruída ¡no existía ya!

La multitud había desocupado ya el palacio, y Fabiola se despidió afectuosamente de la viuda y sus dos hijas; pero, sin poder adivinar los motivos de aquella predilección y de aquella contrariedad, parecía imposible sentir por la joven idólatra el mismo acento que sentía por su hermana cristiana.

Sola, sentada en su aposento, Fabiola tomó uno tras otro sus libros favoritos que trataban de la muerte, de la fortuna, de la amistad, de la virtud; pero todos le perecieron á cual más insulsos, superficiales y falsos. Su melancolía fué creciendo progresivamente hasta el anochecer, en que vino á sacarla de ella una carta que le entregó su esclava Graia. Abrióla, y apenas hubo leído las primeras líneas, se levantó frenética con tal expresión de sobresalto y con tales demostraciones de dolor, que la esclava, asustada y perpleja, se retiró á un ángulo extremo de la habitación. Lanzando un grito agudísimo Fabiola se llevó las manos á la cabeza, mesóse los cabellos, se apretó las sienes entre las manos como si le saltaran á impulso del dolor: estuvo unos momentos mirando hácia arriba con ojos desencajados, hasta

que exhalando un profundo gemido cayó sobre el sofá. Durante algunos minutos permaneció muda é inmóvil, con la carta entre sus crispadas manos, los brazos caídos, y al parecer exánime.

—¿Quién ha traído esta carta?—preguntó repentinamente, vuelta en sí.

—Un soldado, señora,—respondió la esclava.

—Dile que éntre.

Mientras la esclava iba á buscar al mensajero procuró Fabiola serenarse y se arregló el cabello. No bien apareció el soldado, díjole:

—¿De dónde vienes?

—De la cárcel Tuliana, en donde estoy de guardia.

—¿Quién te ha entregado la carta?

—La misma señora Inés.

—¿Por qué la han conducido allí?

—Porque un sujeto, llamado Fulvio, la acusó de ser cristiana.

—¿Nada más?

—Nada más que por eso: estoy seguro.

—Siendo así, todo quedará prontamente remediado, porque yo puedo atestiguar la falsedad de la acusación. Dile que voy al momento, y toma por tu servicio,—añadió dando al soldado algunas monedas.

Fabiola quedó sola. Cuando era preciso obrar, la joven matrona recobraba toda su firmeza y energía; sin perjuicio de que después se despertase en ella con más vigor la sensibilidad propia de su sexo. Envuelta en su manto, se dirigió sola á la cárcel y fué introducida sin impedimento alguno á la celda separada en la que Inés había sido recluida, menos por consideración á su nobleza que por las cuantiosas dádivas de sus padres.

—¿Qué significa esto, Inés?—le preguntó Fabiola con la mayor solicitud después de abrazarla con toda efusión.

—Que he sido arrestada hace pocas horas y conducida aquí,—respondió sonriendo la tierna doncella.

—Y ese Fulvio ¿es tan necio y malvado que presenta contra tí una acusación que quedará desvanecida en cinco minutos? Yo misma voy á presentarme al prefecto para destruir la absurda calumnia con que te ofenden.

—¿Qué calumnia, prima mía?

—La de que eres cristiana.

—Lo soy, por la gracia de Dios,—contestó Inés haciendo la señal de la cruz.

Esta inesperada confesión habría en otro tiempo herido como un rayo á Fabiola; pero la muerte de Sebastián le había quitado ya toda dureza. Después de haberse manifestado cristiano aquel que á sus ojos era acabado tipo de todas las virtudes varoniles,

ya no le sorprendió que profesara también la misma fe Inés, á quien amaba y admiraba como el más puro modelo de toda perfección femenina. Fabiola casi adoraba á su prima por su sencillez y grandeza de alma, que la elevaba sobre las demás mujeres; por su candorosa inocencia y bondad sin límites para con todos: así fué que la revelación que acababa de oírle disipaba sus dudas y dificultades, y aun sintió crecer en su ánimo nuevos sentimientos de veneración y de amor á la común fe que atenaban esos dos seres incomparables, mostrándole que no eran como dos flores nacidas al acaso, cual ella los había considerado, sino que procedían de una misma raíz.

Fabiola inclinó la frente en señal de acatamiento á su joven prima, y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo há que eres cristiana?

—Desde que nací, mi querida Fabiola: he mamado la fe, como solemos decir, con la leche materna.

—¿Y por qué no me lo revelaste nunca?

—Por la violenta aversión que siempre has mostrado con los cristianos, odiándolos como reos de las más ridículas supersticiones y de las abominaciones más nefandas, y despreciándolos como gente estúpida y grosera, privada de sentido común, no menos que de toda filosofía. Nunca has querido escuchar una palabra en defensa nuestra, y el único odio que sentías en tu corazón, tan noble y generoso en todo lo demás, era solamente para el nombre cristiano.

—Dices verdad, carísima Inés; pero si yo hubiese sabido que tú y Sebastián érais cristianos, no hubiera podido odiar jamás este nombre. ¡Oh no! ¿qué cosa hubiera yo podido dejar de amar en vosotros?

—Así piensas ahora, Fabiola: pero bien sabes tú cuán irresistible es la fuerza de una prevención cuando es general, y cuánto puede una calumnia repetida diariamente y á todas horas. ¡Cuántas almas generosas, cuántas inteligencias ilustradas, cuántos corazones sensibles no arrastró esa preocupación, induciéndolos á creer de nosotros los cristianos todo un mundo de mentiras y de horrores!

—Bien, Inés: no quiero discutir contigo en tu situación presente. Pero dime: ¿no exigirás de Fulvio que pruebe su acusación?

—¡Oh! no, querida Fabiola: he confesado ya que soy cristiana, y cuento con repetirlo mañana en público.

—¿Cómo! ¿mañana, dices?...—preguntó Fabiola, sorprendida y asustada al anuncio de tan próximo desenlace.

—Sí, mañana. Para prevenir toda manifestación ruidosa que pudiera ocurrir en la vista, si bien creo será poca la gente á quien excite interés, van á tomarme las declaraciones muy tem-

prano y á juzgarme lo más sumariamente posible. ¡Oh! ¿no es una buena noticia, querida mía? —preguntó Inés con ardor, estrechando entre sus manos las de su prima.

Y seguidamente, alzando al cielo su mirada extática, exclamó con embeleso:

— ¡Hé aquí que lo que tanto anhelaba lo veo ya! ¡Sí! ya poseo lo que tanto esperé; ya me veo unida en los cielos al mismo á quien amé en la tierra con toda mi alma (1). ¡Oh! ¡qué hermosísimo es mi Amado, Fabiola!... Es infinitamente más bello que los Angeles que le rodean. ¡Cuán dulce es su sonrisa! ¡Cuán suave su mirada, y plácida y adorable la expresión de su rostro! Y esa dulcísima Señora, de gracias llena, que nunca se aparta de su lado, nuestra Reina, nuestra Soberana, que solo á El adora, ¡con cuánto cariño me está llamando para que forme parte de su cortejo!... ¡Voy! ¡voy!... Han desaparecido ya, Fabiola; pero volverán por mí mañana temprano... muy temprano, ¿oyes?... y será para no separarnos jamás.

Sintió Fabiola invadir su alma é inundar su corazón sentimientos y afectos que nunca había sentido, y una dulzura tan exquisita y pura que ninguna emoción humana podía ni remotamente comparársele. Antes de haber oído las palabras *gracia divina*, experimentaba ya sus suavísimos influjos. Inés, que observó el cambio favorable que se operaba en el ánimo de su prima, dió interiormente gracias á Dios, y luego rogó á Fabiola que volviese antes de amanecer para darle el último adiós.

Mientras tanto en casa del prefecto tenían una conferencia ese digno magistrado y su dignísimo hijo. Oigámosles.

— Cierto, —decía el padre;— si la hechicera acertó en una cosa, debe igualmente acertar en la otra. Sé por experiencia cuánto puede el oro para vencer toda resistencia.

— Y convendréis también —continuó Corvino— en que por la cuenta que acabamos de ajustar no hay entre los pretendientes á la mano de Fabiola uno solo que no ame su fortuna más que á su persona.

— En efecto, incluso tú mismo, mi querido Corvino.

— No lo niego: yo también como todos, si se atiende sólo á lo que ahora valgo; pero nó ciertamente si puedo llegar á ofrecerle con mi persona los inmensos bienes de Inés.

— Con tal que lo verifiques de modo que no ofenda su delicadeza, si su índole es altiva y generosa como la pintan: es decir, entregándole aquella inmensa fortuna sin condición, y ofreciéndote enseguida como aspirante á su mano. Esto la pondrá en el

(1) «Ecce quod concupivi jam video, quod speravi jam teneo; ipsi sum juncta in caelis quem in terris posita tota devotione dilexi.» (*Oficio de santa Inés*).

caso, ó de aceptarte por esposo, ó de restituirte tus bienes.

— ¡Magnífico, padre mio! Hasta ahora no se me había ocurrido la segunda alternativa; pero ¿creéis que este es el único medio de salirse uno con la suya?

— No absolutamente. Fulvio reclamará su parte, y no fuera extraño que el Emperador intentase apropiárselo todo, pues aborrece á Fulvio. Pero si yo le propongo un plan más regular y más razonable, cual es ceder todos los bienes de Inés á su pariente más cercano que adore á los dioses, serán de Fabiola, ¿no es verdad?

— Sin duda.

— Estoy cierto que el Emperador se conformará con mi dictamen; pues en cuanto á cedermé los bienes graciosamente, no sólo es improbable, sino que tal proposición le enfurecería partiendo de un juez.

— Pero ¿cómo llevaréis á término este asunto?

— Esta noche prepararé un rescripto imperial, de modo que sólo falte poner la firma. Inmediatamente después de la ejecución de Inés me presentaré en palacio; exageraré la impopularidad de aquel acto de rigor con la joven patricia culpando á Fulvio, é insinuaré que cediendo los bienes de la ajusticiada á su más próximo pariente acrecentará grandemente el Emperador su propia influencia y su propia gloria. Maximiano es tan vanidoso como cruel y avariento: procuremos halagarle un vicio para sofocar los otros.

— Sí, eso será lo mejor y más acertado. Voy á descansar tranquilo y contento. Mañana será el día crítico de mi vida. Mi felicidad ó desdicha depende de que Fabiola me acepte ó rechace.

— Hubiérame alegrado, —añadió Tértulo levantándose,— de conocer á esa incomparable dama y sondear la profundidad de su filosofía antes de arriesgarme definitivamente en este negocio.

— ¡Oh! en cuanto á eso, desechad todo temor: Fabiola es digna de ser vuestra nuera. Sí, sí: el día de mañana decidirá mi futura suerte.

Y padre é hijo separáronse con la agradable perspectiva del porvenir que parecía sonreírles.

Ahora bien: si hasta Corvino tenía su día crítico, ¿por qué no lo tendría también Fabiola?

Mientras se verificaba esta conferencia de familia, Fulvio y su amable tío tenían otra no menos edificante. Eurotas regresó tarde á su posada, y hallando á su sobrino solo, sentado y cabizbajo, se le acercó diciendo:

— Y bien, Fulvio, ¿tienes ya enjaulada tu presa?

— Sí, tío; y tan á seguro como permiten los fuertes barrotes y gruesos muros de una cárcel. Pero su espíritu se mantiene libre, independiente como siempre.

—¡Bah! ¿esto te preocupa? Contra espíritus libres, aceros bien templados. Mas, dime: ¿está resuelta su ejecución y asegurada la herencia?

—Si no surgen obstáculos, su suerte está ya fijada para mañana: lo demás dependerá del capricho del Emperador. En tanto, he de confesar que me causa pena y hasta remordimiento sacrificar una vida en flor sin estar seguro del éxito.

—¿Ahora sales con escrúpulos y ternezas?—clamó el viejo en tono frío y severo.—Ya recordarás qué día es mañana...

—Sí; el doce antes de las calendas de Febrero (1).

—Que para tí fué siempre un día crítico. Ni habrás olvidado que en esa misma fecha, para apropiarte la fortuna de *otra*, cometiste...

—¡Basta! ¡Callad!—interrumpió Fulvio con amargura y palideciendo;—¿por qué ese empeño en recordarme sucesos que quisiera borrar de la memoria?

—Porqué pretendes olvidarte de tí mismo y no puedo consentirlo. Estoy resuelto á desterrar de tí todo sentimiento de conciencia y de virtud. Es una insensatez afectar compasión por la vida de quien estorba tu enriquecimiento después de lo que hiciste para deshacerte de la *otra*.

Mordióse Fulvio los labios de despecho y se cubrió con las manos el rostro encendido por la vergüenza y la cólera. Eurotas le alentó diciéndole:

—Mañana, pues, será para tí otro día crítico, tal vez el último. Calculemos todas las probabilidades. Te presentarás al Emperador y le reclamarás la parte que te corresponde de los bienes confiscados. Suponiendo que te la otorga, ¿qué piensas hacer?

—Venderla tan pronto como pueda, pagar mis deudas y retirarme á donde nadie me conozca.

—¿Y si el Emperador rechaza tu petición?

—¡Imposible!—exclamó Fulvio, á quien tal idea hacía estremecer.—Me pertenece de derecho y la tengo bien ganada. ¡No puede ser! no me la negará!

—Calma, hijo, calma. Discutamos con serenidad, y acuérdate de aquel proverbio: «Del estribo á la silla se da la caída.» Supongamos por un momento que se conculca tu derecho.

—En este supuesto soy hombre perdido. No veo medio para rehacer aquí mi fortuna, y tendré que abandonar este suelo.

—Muy bien. Y ¿cuánto debes en los pórticos de Jano? (2)

—Nada menos que 200,000 sextercios entre capital é inte-

(1) El 21 de Enero

(2) En el Foro ó en sus cercanías había varios pórticos dedicados á Jano, donde residían los usureros que prestaban dinero.

reses que ese judío Efraim me exige á razón del 50 por 100.

—¿Qué garantía le diste?

—La esperanza casi segura de entrar en posesión de parte de los bienes de Inés.

—Y si te llevas chasco, ¿piensas escapar de ese judío?

—Nó, si llega á enterarse. Por esto debemos desde este momento prepararnos á todo evento y observar el mayor sigilo.

—Bien; déjalo á mi cuidado. Ya ves en cuántos acontecimientos será para tí fecundo el día de mañana, ó más bien dicho de hoy, porque ya el alba asoma. Es para tí un asunto de vida ó de muerte; es el día más importante de tu existencia.

XXVII

Segunda parte del día crítico

No bien comienza á despuntar el día, y hablamos ya de su segunda parte. ¿Cómo lo explicaremos? De la manera que hemos conducido al benévolo lector á sus primeras vísperas divididas entre Sebastián, el mártir de ayer, é Inés, la mártir de hoy. ¿No las entonaron ambos fraternalmente, el uno en el cielo, á donde ascendió por la mañana, y la otra en el calabozo donde la encerraron por la tarde? ¡Oh gloriosa Iglesia de Jesucristo! Grande en la armónica combinación de tu unidad, te extiendes desde las alturas celestes hasta debajo del suelo, donde gime un alma justa en la prisión.

Fulvio salió de su casa á respirar el aire frío y penetrante de la noche para ver si podía templar el ardor de su sangre y calmar la agitación de su espíritu. Fué caminando sin dirección fija; pero sin advertirlo encontróse muy cerca de la cárcel Tulliana. No experimentando su corazón afecto alguno, ¿qué misteriosa atracción lo guiaba hácia aquel sitio? Es que se hallaba dominado por una sensación inexplicable, mezcla extraña de los elementos más amargos que pudiera emplear en sus filtros un envenenador. El remordimiento le agitaba; el orgullo herido se revoltaba en él; apremiábalo la impaciente avaricia; la vergüenza y el temor le asediaban, y para colmar la medida dominábale la idea horrenda de que se acercaba el momento en que iba á consumarse el crimen por él urdido. «Verdad es, se

decía á sí mismo, que he sido despreciado, escarnecido, burlado por una simple niña, y esto cuando más necesitaba de su fortuna para librarme de la miseria y de la muerte: no obstante, preferiría obtener la mano de Inés por cualquier medio antes que ver caer su cabeza.» El asesinato de la noble doncella le parecía tan atroz é infame, que resolvió intentar la última prueba para convencerla.

Dirigiéndose á la puerta de la cárcel, pronunció la palabra de orden, entró y se hizo acompañar al calabozo de su víctima.

Inés, al verle, no se turbó, ni pensó en arrinconarse como el ave en cuya jaula se introduce el gavilán, sino que sosegada, serena é intrépida se mantuvo de pié ante su verdugo.

—Respetadme, Fulvio, á lo menos en este lugar,—le dijo con dulzura.—Pocas horas me quedan ya de vida; dejádmelas pasar en paz.

—Señora, precisamente vengo á proponeros los medios de convertir esas horas en años, y á ofrecereros la felicidad en vez de la paz que me pedís.

—Sí, os comprendo perfectamente; pero pasó para mí el tiempo de esas tristes vanidades. Hablar así á una mujer á quien acabais de entregar á la muerte es cuando menos un sarcasmo cruel.

—Os engañais, gentil señora; en vuestras propias manos está vuestro destino, y sólo vuestra obstinación será la causa de vuestra muerte. He venido á renovaros por última vez mis ofrecimientos y á entregaros con mi mano libertad y vida, y esta es para vos la tabla de salvación.

—¿No os dije ya que soy cristiana, y que sacrificaría mil vidas que tuviera ántes que renegar de mi fe?

—Es que tampoco os exijo eso. Las puertas de la cárcel se abrirán á una indicación mía. Huid conmigo, y á pesar de los decretos imperiales seréis cristiana y viviréis.

—¿No os dije también que soy ya esposa de mi Señor y Salvador Jesucristo, y que á El solo quiero guardar intacta mi fe?

—¡Necedad! ¡locura! Obstinaos en ella hasta mañana y os acontecerá algo que tal vez os repugne más que la muerte y que disipará para siempre vuestra ilusión.

—Nada temo estando Jesucristo de mi parte; porque sabed que un Angel vela continuamente por mí, y no consentirá que sea profanada la sierva del Señor. Cesad, pues, en vuestras indignas importunidades y no me priveis del último privilegio de un condenado: la soledad.

Fulvio, cuya impaciencia crecía por grados, no pudo ya frenar su cólera. ¡Rechazado, burlado, vencido por una niña, sin que la cuchilla suspendida sobre su cabeza pudiese quebrantar su valor y su constancia!... Fuera de sí, mezclándose y con-

fundiéndose los deletéreos elementos que le dominaban en un solo y negro sentimiento, el odio, con ojos centelleantes y ademán furioso exclamó:

—¡Desdichada! Por última vez te lo repito. Puedo todavía librarte de la última perdición. Elige, pues: ¡vivir conmigo ó morir!

—¡Morir mil veces prefiriera yo misma antes que vivir con un mónstruo como tú!—respondió una voz de mujer desde la puerta del calabozo.

—Pues ¡morirá!—replicó Fulvio apretando los puños y lanzando una mirada iracunda á la nueva interlocutora:—¡morirá, y tú también si vuelvo á encontrarme con tu maléfica sombra!

Alejóse Fulvio, y Fabiola quedó sola por última vez con su prima. Había presenciado sin ser vista aquel combate, que á ser cristiana lo hubiera comparado al de un ángel de luz con un espíritu de las tinieblas. Preparándose para la próxima celebración de sus desposorios con Jesucristo, en que con su propia sangre debía sellar el contrato de eterno amor, habíase puesto Inés sobre el traje de luto una blanca veste nupcial; y en medio de aquel oscuro calabozo, debilmente alumbrado por una sola lámpara, se ostentaba resplandeciente de gracia y belleza como una forma etérea del paraíso, al paso que su tentador enemigo, envuelto en su negro manto y obligado á encorvarse para salir, se asemejaba á un demonio humillado que se precipitaba en los abismos del infierno.

Fabiola, contemplando admirada el rostro de su querida Inés, pensó que nunca lo había visto tan bello y tan sereno. En él no se notaba el menor indicio de enojo, de temor ó de agitación, ninguna palidez ó sonrojo, ninguna de las alternativas de fuego ó de postración macilenta que nacen de una excitación febril. Brillaban sus ojos con más suavidad é inteligencia que nunca; su sonrisa era plácida y alegre; su porte tan noble, y tan extraordinaria la majestad de su aspecto y maneras, que Fabiola hubiérala tomado por uno de aquellos seres que descendidos del Olimpo, según la mitología poética, se daban á conocer á los hombres por cierta aureola de divinidad y la atmósfera de ambrosía que les rodeaba. Y no eran ciertamente señales de inspiración, porque no existía en ella pasión alguna: era una expresión de tal naturaleza la del rostro y ademanes de Inés, que á los ojos de Fabiola aparecía como el tipo más perfecto de nobleza, de virtud y de inteligencia; y la impresión que produjo en su ánimo fué tal, que el amor que á Inés profesaba se transformó en un sentimiento de más sublime naturaleza, rayano de la reverencia y de la veneración.

Tomó Inés entre sus manos las de Fabiola, cruzólas sobre su tranquilo pecho, y mirándola con indecible dulzura le dijo:

—Fabiola, antes de morir deseo pedirte un favor: jamás me rehusaste ninguno, y cierta estoy de que no me negarás el último.

—No me hables de tal suerte, Inés querida. No tienes ya que suplicarme, sino mandarme.

—Pues bien, prométeme que te dedicarás inmediatamente á estudiar á fondo las doctrinas del Cristianismo. Estoy cierta de que las abrazarás, y entonces no serás para mí lo que ahora.

—Y ¿qué soy para tí, Inés?

—Una ciega, queridísima Fabiola; una pobre ciega á pesar de que posees una noble inteligencia, carácter generoso, un corazón llenó de sensibilidad, entendimiento cultivado, exquisito sentido moral y conducta irreprochable. ¿Qué más se puede apetecer en una mujer? Y sin embargo, sobre todas esas admirables prendas ven mis ojos una negra nube que las cubre con la sombra de la muerte. Rásgala esa nube, y todo será en tí claro y refulgente.

—¡Sí, lo conozco, querida Inés! A tu lado me parece soy como una mancha negra comparada con el sol. Pero ¿cómo podré obtener la luz que te ilumina, aun haciéndome cristiana?

—Es preciso, Fabiola, que salves el abismo que nos separa (estremeciéndose Fabiola recordando su sueño). Aguas refrigerantes bañarán tu cuerpo, y el óleo de alegría embalsamará tus carnes: tu alma quedará tan blanca como la nieve, y tu corazón se volverá tierno como el de un niño. Saldrás regenerada de ese baño y renacerás á una vida inmortal.

—Y entonces ¿perderé tal vez esas dotes que acabas de apreciar en mí?—preguntó Fabiola con tristeza.

Inés respondió:

—A la manera que una planta leñosa y robusta, pero inútil, al ingertar en ella el jardinero un pequeño vástago de otra planta bella y fecunda, al enriquecerse luego con las flores y los frutos de ésta, nada pierde de su nativa belleza y robustez, así también la nueva vida que recibirás del Cristianismo ennoblecerá, elevará, santificará (tú no puedes todavía entender el significado de esta palabra) las preciosas dotes de naturaleza y de educación que ya posees. ¡Oh Fabiola! ¡qué criatura tan admirable hará de tí el Cristianismo!

—Ya que me trasladas á una región tan nueva para mí, querida Inés. ¿por qué te vas, abandonándome en sus umbrales?

—¡Escucha!—exclamó Inés en un éxtasis de gozo.—¡Ya llegan, ya se acercan! ¿No oyes los pasos de los soldados? Son los parainfos que vienen á llamarme. Pero allá en las alturas, sobre las doradas nubes del sol naciente, veo un coro de vírgenes vestidas de blanco que me llaman... Sí, aquí estoy; mi lámpara está bien preparada y voy á reunirme con mi Esposo. ¡Adios. Fabiola, no llores por mí! ¡Oh si pudiese hacerte sentir como yo

siento la incomparable dicha de morir por Jesucristo! Y ahora, por despido, recibe de mí un saludo que nunca me oiste: ¡Dios te bendiga!

Y al decir esto, hizo en la frente de Fabiola la señal de la cruz. En seguida abrazáronse por vez última en la tierra; abrazo ardiente y convulsivo el de Fabiola, tierno y tranquilo el de Inés. Al separarse marchó la primera á su casa preocupada con un nuevo y generoso designio, é Inés se entregó en manos de sus guardias avergonzados de sí mismos.

Correremos un velo sobre la primera parte del martirio que sufrió la casta doncella, aunque algunos Santos Padres y la Iglesia en sus oficios lo refieren calificándolo de doble corona (1). Bastará decir que su angel tutelar la libertó de toda profanación (2), y que la pureza de su virginal presencia transformó un antro de infamia en precioso santuario (3).

Era todavía muy de mañana cuando Inés fué de nuevo conducida al tribunal del Prefecto en el Foro. Presentóse inmutable, inmaculada, sin sonrojarse su risueño semblante, sin que la angustia del dolor agitase su inocente corazón. El cabello suelto, como símbolo de virginidad, caía en ondas de oro sobre su blanca vestidura.

La mañana era tan deliciosa y apacible como habrá parecido á los que, estando en Roma en el aniversario de este día, hayan pasado por la puerta Nomentana, hoy *Porta Pia*, dirigiéndose á la iglesia que lleva el nombre de nuestra Virgen mártir, para asistir á la bendición, sobre su propio altar, de los dos corderos con cuya lana se tejen los pálios que el Papa envía á los arzobispos católicos. Blanquean ya los almendros en el campo, no por la escarcha, sino por las flores; la tierra está mullida al rededor de las cepas, y la primavera parece encerrada dentro de los botones de las plantas, prontos á abrirse y dilatarse al contacto de la brisa meridional, mientras la diáfana atmósfera deja ver un cielo de azul y reina esa agradable temperatura que producen los rayos de un sol ya vigoroso, pero que aún no abrasa y sólo templá el aire todavía frío de las mañanas.

El juez estaba sentado al aire libre en el tribunal del Foro y numerosa concurrencia rodeaba el espacio en donde, á excepción de los cristianos, todos se horrorizaban de entrar. Entre los espectadores dos personas llamaban la atención, situadas frente á las extremidades del semicírculo que formaba la muche-

(1) Duplex corona est præstita martyri. (*Prudentius*).

(2) Ingressa Agnes turpitudinis locum, Angelum Domini præparatum invenit. (*Breviario*).

(3) En aquel mismo lugar se ve ahora la iglesia de Santa Inés, en la plaza Navona, una de las más bellas de Roma.

dumbre. Una de ellas era un hombre embozado en su toga hasta los ojos; la otra era una dama alta, esbelta, de aspecto tan aristocrático que nadie se imaginaria poder encontrarla en semejante sitio. CubrÍala de la cabeza á los piés un holgado manto de la India de púrpura y oro, cuya riqueza heria tanto más los ojos de los circunstantes, cuanto menos parecia convenir á aquel lugar de suplicios y de sangre. Junto á ella se divisaba una esclava de categoría superior, envuelta también como su señora. Inmóvil y apoyada con el codo contra una columna de mármol, la dama parecia enteramente absorta en la contemplación de un solo objeto.

Inés fué introducida por los guardias en medio del espacio libre y presentóse intrépida y tranquila en frente del tribunal: sus pensamientos estaban en otra parte; así es que no reparó en los dos personajes que hasta el momento de su entrada habian sido objeto de la atención general.

—¿Por qué viene suelta y sin cadenas?—preguntó el juez enfadado.

—No las necesita, señor.—respondió Cátulo;—es tan joven y anda con tan buena voluntad!

—Sí, pero tan obstinada como la más vieja. Ponle al momento esposas.

Buscólas el verdugo entre un monton de ellas, consideradas por los cristianos como joyas, y escogiendo las más pequeñas las colocó en las delicadas muñecas de la virgen. Sonrióse Inés dulcemente, inclinó sus manos, y los hierros cayeron sonando á sus piés.

—Pues no las hay más pequeñas, señor,—dijo el verdugo medio enternecido.—A una niña como ésta sentarianle mejor otros brazaletes.

—¡Silencio, esclavo!—repuso exasperado el prefecto.

Y volviéndose á Inés le dijo en tono más blando:

—Niña, me inspiran lástima tu tierna edad, tu noble estirpe y la culpable educación que has recibido, y por cuanto yo puedo quisiera salvarte. Medita lo bien, que aún es tiempo. Abjura las falsas y perniciosas máximas del Cristianismo, y obedeciendo los edictos imperiales acércate á sacrificar á los dioses.

—Es inútil que continúes tentándome,—contestó Inés.—Mi resolución es irrevocable. Desprecio tus falsas divinidades, y sólo quiero amar y servir al único Dios vivo. ¡Eterno Dispensador de todas las cosas, ábreme de par en par las puertas del cielo cerradas hasta tu venida á los humanos! ¡Jesús adorable! llama á Tí á esta alma, fiel seguidora tuya, que se sacrificó primero á Tí consagrándote su virginidad, y ahora se sacrifica á tu Padre muriendo en el martirio.

—Veo que estamos perdiendo el tiempo,—dijo impaciente el

juez, que advirtió en la multitud señales de compasión.—¡Secretario! extiende la sentencia: Condenamos á Inés á ser decapitada por desacato á los edictos imperiales.

—¿En qué vía y á qué miliario?—preguntó el escribano (1).

—Aquí mismo, y en el acto.

Inés levantó un instante las manos y los ojos al cielo, dobló sumisa las rodillas, y echando ella misma sobre su rostro el fino y lustroso cabello suelto que le colgaba á la espalda, presentó el cuello al filo de la cuchilla. Signióse á tales preparativos una corta pausa porque el verdugo, trémulo de emoción, no acertaba á blandir el arma homicida. Arrodillada la joven Mártir en medio del hemiciclo, enteramente vestida de blanco, con la cabeza inclinada, los brazos modestamente cruzados sobre el pecho; los rizos de ámbar sobre el rostro y casi tocando al suelo, podía compararse á una bella y rara planta cuyo blanco y delicado tallo se doblase gentilmente al peso de la multitud y lozanía de sus dorados frutos.

Reprendió el juez con acritud al verdugo por su vacilación y le ordenó imperiosamente que cumpliera su cometido. Cátulo se enjugó los ojos con el envés de su rugosa mano: luego blandió la espada, que brilló en el aire, y un momento después tallo y flor yacían en tierra, sin que, al parecer, estuviesen separados. La actitud de la víctima era tal que pudiera confundirse con la de una persona que ora prosternada, si lavado su blanco vestido en la sangre del Cordero no se hubiese teñido de encendida púrpura.

El desconocido que envuelto en su toga habia llamado antes la atención miró el golpe sin pestañear y acompañó la inmola-ción de la víctima con perversa sonrisa de triunfo. La dama que se hallaba en el lado opuesto habia vuelto el rostro, hasta que el murmullo que se levantó de la multitud después de breve silencio la advirtió de que todo habia concluido. Adelantóse entonces con resuelto ademán hácia el fatal recinto, y depojándose de su rico manto lo extendió como un velo sobre el mutilado cuerpo de la Mártir. Ruidosos y prolongados aplausos saludaron este hermoso acto de sensibilidad femenina, mientras la dama, que habia quedado en traje de luto, adelantóse ante el prefecto; y con voz clara y firme, pero anegado en lágrimas su semblante, dijo:

—Señor, concededme una gracia: no permitais que las toscas manos de vuestros servidores profanen los sagrados restos

(1) Era costumbre decapitar á los reos en cualquiera de las vías fuera de las puertas de Roma, en el segundo, tercero ó cuarto de los miliarios que señalaban las distancias; pero según Prudencio y otros autores santa Inés sufrió la muerte en el mismo lugar donde fué pronunciada la sentencia.

de la que amé sobre cuanto existe en el mundo. Dejádmela conducir al sepulcro de sus mayores, pues era tan ilustre como buena.

—Señora,—respondió Tértulo con aspereza.—quien quiera que seais, no puedo acceder á vuestro ruego. ¡Cátulo! cuida de que el cuerpo sea arrojado al río ó quemado como de costumbre.

—Os lo ruego, señor,—insistió la dama con voz conmovida,—por todos los derechos que pueda tener sobre vuestro corazón la virtud de una mujer; por las lágrimas que la ternura de una madre haya podido derramar sobre vos; por las palabras de consuelo con que una cariñosa hermana haya podido mitigar vuestras dolencias ó amarguras... ¡no desecheis mi humilde súplica! Y si cuando volvais á vuestra casa os salen al encuentro vuestras hijas para besaros las manos, bien que humeantes todavía con la sangre de una víctima á quien os vanagloriaríais de que se asemejasen, ¡oh! que podais decirles á lo menos que no habeis negado este ligero tributo al pudor de una doncella!

Estas palabras produjeron entre la multitud una demostración tan unánime de simpatía, que para reprimirla preguntó Tértulo bruscamente á la dama:

—¿Seríais también vos cristiana?

—No, señor; no lo soy,—respondió ella vacilando un momento;—mas he de confesar que si algo pudiera inclinarme al Cristianismo seria lo que acabo de presenciarse.

—¿Qué queréis decir?

—Que es ciertamente indigno que para conservar la religión del Imperio no se repara en exterminar á criaturas tan perfectas como la que acabais de degollar (y las lágrimas apagaban la voz de Fabiola), mientras viven y prosperan monstruos que son el oprobio de la especie humana. ¡Ah, señor, no sabeis de qué tesoro habeis privado á la tierra! Aunque tan niña, era la más pura, dulce y perfecta que he conocido; la flor de nuestro sexo. Y sabed que viviría aún á no haber desdeñado la mano de un vil advenedizo, que la persiguió con infames ofertas en el retiro de su quinta, en el santuario de su hogar, hasta en el encierro de su calabozo. Por eso ha sido sacrificada; porque no accedió á enriquecer con sus bienes ni á ennoblecer con su mano á ese espía asiático!

Y así diciendo, señaló con el dedo y con expresión de soberano desdén á Fulvio, que adelantándose de un salto exclamó furioso:

—¡Miente, señor! ¡es una calumnia infame! Inés confesó públicamente que era cristiana.

—Dispensadme un instante más vuestra indulgencia,—replicó con noble dignidad la dama,—y permitidme confundir á ese miserable. Miradle bien al rostro, y en él leeréis la prueba

de cuán cierta es mi acusación. ¡Fulvio! ¿negaréis que esta mañana antes del alba os introdujisteis en el encierro de Inés y le habeis propuesto formalmente (yo lo he visto y oído) que si aceptaba vuestra mano, no sólo le salvaríais la vida, sino que á despecho de los edictos imperiales podría seguir siendo cristiana?

Rígido, pálido como un cadáver, como un hombre á quien hubiesen atravesado el corazón ó á quien hubiese herido un rayo, Fulvio parecía un reo que esperaba la sentencia, no ya de muerte, sino de eterna infamia.

—Fulvio,—le dijo el prefecto,—tu palidez y turbación confirman la verdad de acusación tan grave. Fundándome sólo en ella podría hacer caer al punto tu cabeza, mas prefiero darte un buen consejo. Anséntate para siempre; huye; después de tan atroz villanía ocúltate de la indignación de los hombres honrados y de la venganza de los dioses. No vuelvas á presentarte en el Foro ni en sitio alguno de Roma; y si esa dama lo quiere, dispuesto estoy á consignar inmediatamente por escrito su declaración contra tí. Señora,—añadió con respetuosa cortesía,—¿podré tener el honor de saber vuestro nombre?

—Fabiola.

Agradablemente sorprendido, mostró Tértulo el más afable continente á la que en breve esperaba que sería su nuera, y con toda cortesía le dijo:

—Señora, he oído muchas veces hablar de vos, de vuestro sin igual talento y de vuestras relevantes prendas. Sois además parienta inmediata de esa víctima de un infame traidor, y por consiguiente os asiste el derecho de reclamar su cuerpo, que dejo á vuestra disposición.

Estas palabras fueron al principio interrumpidas por los silbidos y vocería que acompañaron la salida de Fulvio, el cual se alejó lívido de vergüenza y trémulo de miedo y rabia.

Fabiola dió las gracias al prefecto, y haciendo una señal á Syra que la acompañaba, hizo ésta comparecer cuatro esclavos conduciendo una litera. No consintió Fabiola que otro que Syra la ayudase á levantar del suelo los sagrados restos de la Mártir. Entre las dos los colocaron en la litera y los cubrieron con el precioso manto.

—Conducid ese tesoro á mi casa,—dijo á los esclavos, y siguió detrás haciendo el duelo con Syra.

Acercóseles en esto una niña llorando, y preguntó tímidamente si le permitían unirse á ellas para acompañar también el cadáver.

—¿Quién eres?—le preguntó Fabiola.

—Soy la pobre Emerenciana, hermana de leche de Inés.

Fabiola abrazó á la niña, y tomándole la mano la llevó consigo.

Tan pronto como el cadáver fué recogido, se abalanzaron al lugar de la ejecución multitud de cristianos, hombres, mujeres y niños, con esponjas y lienzos para empaparlos en la sangre, sin que pudiesen impedirlo los guardias descargando sobre ellos sus látigos, palos, y hasta sus armas, no faltando algunos que mezclaron su sangre con la de la Mártir.

En la antigüedad, cuando un monarca en el día de su coronación ó al entrar por primera vez en su capital arrojaba al pueblo puñados de oro y plata, no despertaba mayor codicia y rivalidad que la de los primitivos cristianos por adquirir lo que ellos apreciaban más que el oro y las piedras preciosas, una gota siquiera de la sangre vertida por un Mártir.

Sin embargo, todos respetaron el derecho primordial de uno de ellos á recogerla, ó sea el diácono Reparado, que con riesgo de su vida echaba en una redoma la sangre de Inés para que, colocada luego sobre su tumba, fuese como sello fiel y testimonio perenne de su martirio.

XXVIII

Tercera parte del día crítico

Desde el Foro dirigióse Tértulo inmediatamente al palacio imperial, en donde encontró á Corvino con el rescripto preparado y escrito en elegantes caracteres y adornado con hermosas iniciales.

Libre de hacer antesala, como prefecto de Roma, Tértulo fué al punto recibido por el Emperador, á quien comunicó oficialmente la muerte de Inés, exagerando el descontento que había producido en el pueblo y atribuyéndolo al poco tacto de Fulvio, aunque sin mencionar sus pérdidas sollicitaciones á la doncella: rebajó el valor de los bienes de Inés, y terminó diciendo que sería un hermoso acto de clemencia, muy oportuno para calmar el descontento de la multitud, transferirlos á su prima Fabiola, de quien hizo grandes elogios como mujer de extraordinario talento y profunda erudición, devotísima de los dioses y exactísima en sacrificar diariamente á la deidad tutelar de los Emperadores.

—Sí; la conozco,—dijo Maximiano riendo, como si recor-

dase algún lance chistoso.—La pobrecita me envió el otro día una magnífica sortija, y ayer vino á pedirme la vida de ese miserable Sebastián, justamente cuando acababan de matarlo de un porrazo.

Y soltando una carcajada añadió:

—Dices bien: una pequeña herencia la consolará de la pérdida de aquel bellaco. Extiende el rescripto, y lo firmaré.

Tértulo le presentó el que llevaba preparado ya, «lleno de confianza, dijo, en la generosidad imperial;» y el augusto bárbaro puso en él como firma un garabato de que se avergonzara un niño de escuela. El prefecto consignó seguidamente el rescripto á su propio hijo.

No tardó en acudir á palacio Fulvio, que después de la escena del Foro fué á su casa para acicalarse y vestir su traje de Corte.

Decíale el corazón que iba en busca de una segura negativa; presentimiento inspirado por la fría discusión que sostuviera con Eurotas la noche anterior, y robustecido por los reveses y contrariedades que sus designios venían sufriendo. Una mujer que parecía nacida sólo para atormentarle, oponíasele en todos los caminos desbaratando sus planes.

—Pero esta vez—se decía—no me servirá de estorbo, gracias á los dioses. Si pudo cubrirme para siempre de ignominia, no podrá privarme de mi legítima recompensa. Si sus acusaciones me expulsan de la república, al menos no me reducirán á la triste condición de mendigo.

Sin otra esperanza é impulsado por la desesperación, fué resueltamente á disputar su parte de los bienes confiscados de Inés al competidor único que podía inspirarle recelos, al mismo Emperador, cuya rapacidad érale bien notoria. Estaba decidido á arriesgar hasta la vida en aquella entrevista, pues si no conseguía su objeto era segura su ruina.

Después de largo rato de espera, entró al fin en la sala de audiencia, y con la más blanda y afectada sourisa fué á postrarse á los pies de Maximiano.

—¿Qué buscas aquí?—fué el primer saludo de éste.

—Señor, vengo á implorar humildemente de vuestra imperial justicia las órdenes oportunas para que se ponga á mi disposición la parte que me corresponde de los bienes de la jóven patricia Inés. Yo descubrí que era cristiana; por acusación mía fué juzgada, y acaba de sufrir la justa pena impuesta á cuantos se atreven á desacatar los edictos imperiales.

—Todo eso estaría muy bien—replicó Maximiano—si no viese ya noticia de la estupidez y torpeza con que en esta ocasión, como en tantas otras, manejaste el asunto, excitando contra mí las quejas y el descontento de la muchedumbre. Así, lo